

*AL CARACOL DEL HOMBRE*

...Y muy encontradas pasiones  
se anidaron en su alma.  
Y buscó la paz  
del crepúsculo que muere  
desgarradamente en sí.  
Y buscó a su costado  
su propia sombra en paz;  
y el vidrio se quebró en angustia,  
y la sal cambiósese en dolor,  
y la tarde continuaba  
insensible al recuerdo,  
y su corazón desgajaban  
de los cielos,  
y su sangre nacía  
en otoños,  
y tiritaba el blanco centellante  
de sus huesos.  
Y viudas enlutadas  
hicieron el camino llorando;  
y aún los puertos se postraron  
en procura de salvación para sus almas.  
Y el viento dejó su melodía  
en las piedras.  
Y el agua cesó en sus círculos.  
Y las máscaras  
perdieron sus sarcasmos,  
como las enredaderas sus tallos  
y las calzadas su luz.  
Y pasaron horas y horas,  
y se abrió un nuevo día

de fósforo y de alumbre.  
Y la miel siguió siendo  
producto de abejas,  
y la sonrisa, del hombre.  
Pero la sed,  
inmensa,  
virgen,  
intrínseca  
continuaba derrumbándose.  
Y el hambre siguió a la sed  
y los espasmos.  
Y luego la risa trepó  
los edificios,  
y las nubes,  
y los lugares queridos  
de los hombres.  
Y luego un nuevo viento  
surgió de la profundidad del mar,  
con rostros de cadáveres  
transparentados en las alas,  
con transportes de sol,  
con herrumbre de barcos naufragados.  
Y la montaña hinchó su lomo  
como un coleóptero asustado.  
Y la luz encendió las farolas,  
y pobláronse los bancos de mendigos,  
y pasaron meses  
y el mundo aullaba en su dolor,  
y el verde quebróse en esmeralda,  
y el esmeralda en sangre.  
Y el terrible juego  
aumentó sus compases.  
Y los hombres  
se tornaron fanáticos  
y se despedazaban mutuamente.  
Y un tiempo nació  
en que los hombres  
se libraron de la guerra,

y gritaron su canto  
sobre el campo,  
y la mañana abrió sus flores,  
que el hombre bebió  
gozoso,  
libre,  
digno en sí mismo.  
Pero desde entonces  
el crepúsculo solloza  
su pena de plata.  
Y el fondo toca el fondo  
en los atardeceres,  
en las espadas,  
en las horcas grises.  
Y el dolor vibra  
angustiadamente en sí,  
perpetuado.  
Y las lilas crecen al amparo  
de las tumbas abiertas,  
y el amor es  
como un lejano despojo del mar,  
y la gaviota, la flecha de los ojos.  
Y la espuma, voz del mar,  
morirá arrodillada,  
sin tumultos,  
dueña de su canto,  
en paz sobre las olas.

Pero la farsa del hombre sigue en pie,  
desvelada,  
impenetrable,  
callada,  
    callada,  
        callada.

JACINTO LUIS CAZERES